

primitiva; me vuelvo a París. No he podido llevar la vida de Robinsón; extraño el ruido, y quiero aturdirme. Si me amas, búscame, que mi seno y mis brazos estarán siempre abiertos para ti.

Ofelia.»

—Esta mujer está hecha para mí—dijo el inglés—. La buscaré; no tiene remedio.

V

Como última esperanza del partido conservador, se formó una división de cinco mil hombres, con su dotación completa de artillería.

Se levantó el entredicho a Márquez, y se le encomendó la campaña sobre los vencedores de Silao.

—Acepto—dijo Márquez; y agregó para sus adentros: —Si triunfo, es mía la Presidencia de la República.

Pero, flaca, la reacción, por una lucha de cuatro años, extinguidas ya sus energías y postrada a los pies de la revolución, necesitaba hacer un último y supremo esfuerzo, siquiera para prolongar una existencia artificial.

Los recursos estaban completamente agotados; los soldados, sin sueldo; los generales, hambrientos; empeñadas, sus cruces y sus espadas; los servidores de la administración, en la miseria. Se hacía necesario un golpe audaz para hacerse de recursos.

En la casa número 11 de la calle de Capuchinas estaban depositados, en poder del cónsul inglés, «seiscientos cincuenta mil pesos», para pago de las convenciones.

Se proyectó echarse a viva fuerza sobre aquellos fondos; aquel Gobierno inmoral buscó al hombre a propósito para ese asalto a mano armada; al bandido más canalla del ejército, y se señaló, desde luego, a Leonardo, Márquez.

Este miserable dirigió la operación.

El cónsul alegó que sin orden del ministro británico no entregaría los caudales, y que el ministro no se encontraba en la capital.

Entonces se rompieron los sellos de la legación, se fracturaron las cajas y se sacó el dinero, consumando una tropelía sin nombre.

La reacción clerical agonizaba en un lecho de harapos y de maldición.

VI

González Ortega hizo un movimiento retrógrado, para no dejar enemigo a retaguardia, y después de quedar aseguradas las capitales del tránsito, se dirigió a Guadalajara, sitiada ya por el general Ogazón, con fuerzas de Jalisco.

Ya la oleada venía desde Sonora, invadiendo Sinaloa y todo el Occidente, llevando como jefe al ilustre Pesqueira, cuya estatua se levanta hoy en el Paseo de la Reforma.

Llegó González Ortega y cerró el cerco, defendido por el general Castillo.

Se sucedían los combates, y los sitiadores avanzaban palmo a palmo sobre el centro de la plaza.

Márquez avanzó sobre Guadalajara con su ejército y llegó frente al puente que da paso a la gran capital.

Berriozábal defendía la posición y estaba listo para resistir. Los sitiados ignoraban aquel auxilio que venía de México.

Hubo en el camino un lance terrible.

Cuando las fuerzas de Berriozábal avanzaban por el camino que conduce a Guadalajara, un hombre triste, cabizbajo, pensativo, iba solo, montado en un caballo, cuyas riendas parecía haber abandonado.

Llevaba un vestido gris, sombrero de fieltro, chaparreras amarillas de pelo, y lo seguía un solo criado.

Tras aquel hombre habían marchado miles y miles de hombres conducidos al combate, y ahora iba enteramente solo y arrojado del mando del ejército.

Era el general Santos Degollado, que en mala hora se complicó con el ministro inglés, proponiendo una reunión del Cuerpo diplomático para dar término a una revolución que ya estaba triunfante.

González Ortega, Zaragoza, Doblado, Huerta, Ogazón, Valle y Aramberri, se reunieron y desaprobaron aquella idea absurda, y destituyeron al general Degollado, que se dirigió a Morelia, lamentando aquel momento de ceguedad inexplicable.

El general Berriozábal se apeó del caballo y estrechó entre sus brazos a su bravo general.

Nadie supo lo que hablaron.

El general Degollado siguió su camino después de haber recibido una pequeña cantidad que le ofreció Berriozábal.

El general Degollado iba muy pobre, cuando no hacía un mes que había ocupado los millones de la conducta en Laguna Seca.

Esta es una de las páginas íntimas de aquel ciudadano heroico, a quien nunca olvidará la historia.

VII

Seguía el sitio en Guadalajara con un ardor desconocido.

Las fuerzas se arrojaban a los parapetos; había encuentros terribles a la bayoneta, episodios sangrientos, luchas desesperadas... ¡Zaragoza siempre el primero!

Nadie de los generales cede en arrojo y en valor. Lamadrid, Valle, Huerta, en todos los jefes y en todos los soldados, había un antagonismo de valor en pro de la libertad.

Berriozábal y Quijano mandaban el ejército de observa-

ción, e iban a una jornada de la división de Márquez, que contaba con que la plaza, al sentirlo, haría una salida.

El Licenciado y general Manuel Doblado, luego que supo la aproximación de Márquez, procuró que el sitio se hiciera más estrecho para evitar que la plaza se enterara del movimiento.

El general Castillo se encontraba ya en una situación desesperada, y, creyéndose abandonado, capituló.

Doblado le ofreció cuanto quiso, ocupó la plaza, se hizo de recursos de guerra, y Zaragoza, al frente del ejército, salió al encuentro de Márquez, dejando enfermo en San Pedro, a González Ortega.

Iban al frente de las divisiones, Zaragoza, Berriozábal y Ogazón.

Huerta tomó el flanco del enemigo, para situarse a retaguardia, con las caballerías.

Al saber Márquez que la plaza había capitulado, se desconcertó y emprendió la retirada; pero ya Zaragoza estaba al frente, avanzando y a paso de carga.

Entonces Márquez envió unos parlamentarios.

El general Zaragoza se detuvo un momento para oírlos.

El general Berriozábal declaró que no entraría en pláticas con el asesino de Tacubaya, y Zaragoza gritó: ¡Adelante!

Los reaccionarios rompieron el fuego de artillería.

Rojas atravesó con los «galeanos», como un huracán, y tomó la vanguardia.

Las columnas liberales avanzaron paralelas sobre el campo enemigo.

Aquella resistencia era un ardid, mientras Márquez y sus generales se ponían en precipitada fuga, abandonando el ejército a una derrota segura.

Prófugo, desertor y cobarde, dejó aquel miserable el campo de batalla y entregó a sus tropas al furor de sus enemigos.

La división fué alcanzada en el Puente de Tololotlán, y allí capturada su artillería, sus trenes y sus carros.

Los batallones levantaban sus fusiles por las culatas y se rendían a discreción.

Las caballerías iban en persecución de los dispersos, y todo fué confusión a la hora del desastre.

Márquez llegó a México el primero, con la noticia de su completa derrota.

Zaragoza, Berriozábal, Arteaga, Ogazón y Leandro Valle, se llevaron los honores de la victoria.

VIII

Ocupadas ya todas las ciudades del Bajío, el ejército emprendió la marcha para la capital, último baluarte de la reacción.

El general González Ortega ordenó a la división Berriozábal,

que ocupara Toluca, como punto estratégico, para evitar una retirada de las fuerzas reaccionarias.

Era necesario que Miramón hiciera el último esfuerzo desesperado, para rehacerse de una situación ya perdida.

El clero dió con sus caudales un nuevo impulso, y comenzó la organización violenta del ejército, recogiendo todas las guarniciones y haciendo una concentración de fuerzas tumultuosa.

No quedó ni un retén, ni un piquete, ni un destacamento que no fuera llamado a la capital.

Diez mil hombres formaron el ejército; aquello era más bien un milagro, que un movimiento militar.

La artillería, la tenían en abundancia, así como los pertrechos de guerra.

El manifiesto de Miramón era un reto terrible: ¡Luchar hasta morir!

Logró galvanizar a su partido moribundo; alentó a las masas con sus gritos vitoreando la religión, y se aprestó para el combate.

Reunió a todos los generales que estaban dispersos en las regiones del país; les habló de su valor y sus recientes victorias, y engendró el espíritu de la guerra, a pesar de los últimos desastres.

Fundió en un solo crisol a toda la revolución, y desafió a su destino.

Supo que Berriozábal había llegado a Toluca; y, no queriendo emprender una campaña, que debilitaría sus fuerzas, porque el ejército liberal avanzaba sobre México, pretendió hacer una sorpresa.

Tomó sus mejores cuerpos y sus más expertos generales, y entre las sombras de la noche, salió con entera reserva de la capital, y tomando las lomas de los Remedios, flanqueó el camino de Toluca, y en marcha rápida y atrevida, emprendió realizar su plan de sorpresa a Berriozábal.

La división de México, podía decirse que era la más bien organizada, porque en ese género, tiene una gran práctica y habilidad el general Berriozábal.

Después de la catástrofe de Silao, difícil era que Miramón emprendiera algo contra las fuerzas de Toluca; pero no obstante, se tomaron todas las precauciones.

Se enviaron avanzadas escalonadas por todos los caminos y se ejercía suma vigilancia.

Se esperaban, además, otras fuerzas, precisamente por el mismo camino tomado por Miramón, para sorprender la plaza.

Los reaccionarios usaron de un ardid: vistieron con blusas coloradas a su vanguardia, y al acercarse a las avanzadas liberales, gritaban: ¡Viva González Ortega! Y así las fueron sorprendiendo en todo el trayecto.

Los hacendados, que se habían comprometido a dar aviso, permanecieron en silencio.

Así llegaron las fuerzas reaccionarias, sin que el Cuartel General se apercibiera de su aproximación.

Una vez sobre las lomas, se precipitaron como una avalancha, sorprendiendo los cuarteles, ocupando las alturas y desbordándose en las calles, en una gritería espantosa y continuos disparos, sin que los jefes liberales, que ni aun se encontraban en sus cuarteles, pudieran organizarse.

Comenzó el desorden más espantoso; la sorpresa estaba consumada.

En el convento del Carmen, la fuerza estaba al mando del coronel Paz; se puso en guardia, y se batió en los patios, en los claustros, hasta caer hecha pedazos.

El general Berriozábal, víctima de aquella traición, se tiró a la calle, seguido de sus ayudantes; pálido, desfigurado, lleno de desesperación, corrió a los cuarteles, que ya estaban ocupados por el enemigo; precipitadamente fué en busca de la artillería; pero ya estaba capturada.

Entonces, fuera de sí, y con un grupo de soldados, subió a la azotea del palacio; pero tomado San Francisco, comenzaron a hacerle un fuego nutrido, desde la torre.

A poco fué herido en la cabeza.

—Vámonos—le dijo el coronel Miguel Mateos, uno de sus ayudantes—; ya todo está perdido.

—No abandono mi puesto—contestó Berriozábal—; seguiré la suerte de mis soldados.

Mateos se bajó; llevando desenvainada su espada, atravesó entre el tumulto que inundaba los portales.

Tomado por jefe reaccionario, llegó a su alojamiento, montó a caballo y salió rumbo de Ixtlahuaca, donde el general Antonio Ramírez recogía a los dispersos de la división, y dió el parte al general Zaragoza, que había llegado a Querétaro con las tropas de vanguardia.

Berriozábal fué hecho prisionero, con el general Santos Degollado, Gómez Farias, Luis Legorreta y otros jefes.

Márquez quería fusilarlos, porque esa hiena respira sangre; pero Miramón prefirió llevarlos a México, como las prendas de la victoria.

Grande fué el entusiasmo que produjo este triunfo, y llegó a creerse que el ejército liberal sería irremisiblemente derrotado.

IX

El general Zaragoza, alojado en Querétaro, en la casa de Rubio, se encontraba en la mesa, con los principales jefes del ejército y sus ayudantes.

Un oficial le presentó un telegrama.



Pablo y Carolina se arrodillaron a los lados de aquella criatura.

(Pág. 382)

Zaragoza lo abrió, lo leyó con atención, y lo puso sobre la mesa.

Luego que terminó el almuerzo, le dijo a un ayudante: — Compañero, sírvase usted llamar al señor Cuartel Maestro.

Salió el ayudante, y llevó la orden al general Aramberri.

El telegrama era la noticia de la sorpresa de Toluca. Zaragoza no se inmutó al verlo.

Llegó Aramberri.

— Compañero—dijo Zaragoza—, que le sirvan a usted café. Aramberri, con entera tranquilidad, apuró su taza.

Entonces Zaragoza, pasándole el telegrama, le dijo:

— Han derrotado al general Berriozábal.

Aquella noticia causó una profunda impresión; pero todos quedaron silenciosos, esperando la resolución del general.

— ¿Qué ordena el señor general Zaragoza?

Levantóse aquel hombre, y un relámpago cruzó por aquel rostro, siempre sereno.

— Sobre México, señor general; y ahora mismo.

Un aplauso de admiración y de entusiasmo resonó en aquel salón.

Salió Aramberri, se oyeron toques de llamada en todos los cuarteles, y a las dos horas desfilaba el ejército, rumbo a la arena de Calpulalpán.

En la noche las salvas de artillería y los repiques en los múltiples templos de la ciudad, anunciaban la llegada de González Ortega a Querétaro.

Su presencia fué un renuevo de alegría para el ejército, un bautismo de fe para sus soldados.

La impresión se había borrado.

Nadie pensaba más que en la victoria.

La noticia de Toluca, había producido un efecto contrario: había puesto rabiosos a los soldados, que pedían a gritos el combate.

Una retirada como la del Gobierno reaccionario, hubiera sido desastrosa; equivalía, en aquellas circunstancias, a una derrota.

Miramón tenía la misma creencia, y pensó que un movimiento rápido le daría la victoria.

En el acto reorganizó su ejército, que estaba alentado con el triunfo, le dió una organización enteramente militar, y ofreciendo en una proclama que volvería con el lábaro de la religión triunfante, se despidió de la ciudad al son de las salvas de artillería y de los salmos de la Iglesia católica.